



Sociológica, año 15, número 42, pp. 145-183
Enero-abril de 2000

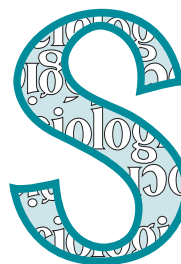
Cambiar para votar y votar para cambiar. La campaña electoral del Distrito Federal en 1997

*Guadalupe Pacheco Méndez**



RESUMEN

El presente artículo contiene un análisis de los cambios en la opinión pública durante la campaña electoral de 1997 en el Distrito Federal para dar cuenta de la volatilidad de las preferencias partidarias a través del prisma de las diferentes generaciones políticas que forman parte del electorado. El análisis muestra también cómo esa coyuntura electoral influyó no sólo sobre las capas de electores más jóvenes, sino también y sobre todo en la generación más antigua.



* Profesora investigadora del Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco. Correo electrónico <gpacheco@cueyatl.uam.mx>.





EN ESTE estudio me interesa abordar el fenómeno de la volatilidad electoral desde el punto de vista del comportamiento distintivo de las diferentes generaciones políticas que conviven actualmente en la capital de la República. Generalmente, entre los votantes existen tendencias latentes a la volatilidad, es decir, hay un número significativo de electores que entre una elección y otra votan por partidos diferentes o bien optan por no votar o, en su caso, volver a votar. En los periodos de estabilidad de las preferencias partidarias, los movimientos de electores inciertos se compensan entre sí y se neutralizan en el agregado total de sufragios, es decir, a nivel macro aparecen tendencias estables que no se ven afectadas por esos movimientos. En las épocas de desalineamiento, los movimientos de electores volátiles aumentan y se hacen mucho más evidentes en los agregados globales de votos. Naturalmente, los factores que orientan a las preferencias partidarias varían cualitativa y cuantitativamente entre una fase y otra. En el segundo tipo de situaciones, el peso de la coyuntura electoral pasa a jugar un papel más importante en el desenlace de los procesos electorales.

Ahora bien, los efectos de las variables tanto de largo como de corto plazo no producen resultados homogéneos. Aunque el electorado se encuentra compuesto formalmente por ciudadanos individuales, en realidad cada uno de ellos forma parte de agregados colectivos que, entre otras cosas, se distinguen por pautas de socialización diferenciadas. En este sentido, las generaciones nacidas y socializadas en diferentes periodos políticos presentan actitudes y comportamientos distintivos. De modo tal, que resulta pertinente estudiar de qué forma específica las diferentes generaciones se inscriben en el cambio



de las tendencias de largo plazo y cómo reaccionan ante los factores coyunturales que actúan durante una campaña electoral. Así, al igual que se considera importante el estudio de la transmisión de valores de una generación a otra como uno de los mecanismos que garantizan la reproducción del *statu quo*, bien vale la pena abordar el análisis del cambio en el comportamiento y actitudes electorales a través del filtro de la diferencia generacional.

He decidido aproximarme a este asunto a partir del estudio del comportamiento de la opinión pública durante los tres meses que precedieron a la elección del primer jefe de gobierno del Distrito Federal (D.F.), la cual coincidió además con la realización de los comicios federales intermedios. El análisis de esta elección, ocurrida en julio de 1997, pretende comprender la volatilidad electoral manifestada durante esa campaña y determinar las diferencias en actitud y comportamiento de las diversas generaciones políticas que conviven en el D.F.. Como resultado de ello, se concluye que los diversos factores de corto plazo que confluyen en una coyuntura electoral (perfil de candidatos, *issues*,¹ estrategias de campaña) pueden incidir en la socialización política de los jóvenes, pero también en la resocialización política de electores más antiguos —supuestamente los menos proclives al cambio— hasta el punto de modificar sus actitudes y comportamientos políticos previos. En la primera parte del artículo se hace una somera revisión teórica al respecto, como fundamento para las tesis que hemos planteado en párrafos precedentes. En la segunda parte, se analizan los resultados de las encuestas aplicadas durante el periodo que se estudia.

Antes de adentrarnos en esos puntos, quiero referirme a los argumentos que sustentan mi interés en la campaña electoral de 1997 en el Distrito Federal como caso significativo para explorar la capacidad explicativa de las tesis expuestas. El largo y lento proceso de cambio político y de reforma electoral, iniciado en México a finales de la década de los setenta, vivió su momento más álgido en la pasada elección

¹ En estricto uso de la lengua castellana, no es correcto utilizar el término *issue*, propio del inglés; sin embargo, los términos comúnmente empleados para traducirlo (cuestión, problema) no reflejan el matiz de su significado dentro del contexto teórico del que forma parte: aquellos problemas o cuestiones situados en el primer plano de la agenda política en torno a los cuales se posicionan candidatos y partidos, y que simultáneamente son percibidos por el público como prioritarios. Por esta razón, he decidido dejarlo en el idioma original a lo largo de este artículo.

federal intermedia. Desde el punto de vista de los resultados electorales, la votación en favor del Partido Revolucionario Institucional (PRI) nunca había descendido tanto: 39.1 por ciento en el territorio nacional y 23.6 por ciento en el Distrito Federal.² Por otra parte, las elecciones de 1997 son relevantes porque además de ser la observación más cercana de cara a la sucesión que tendrá lugar en el año 2000 (y por ello las que mejor nos pueden orientar para comprender su desenlace), también sintetizan las tendencias de los últimos seis años; esto es, se encuentran flanqueadas por procesos electorales locales, anteriores y posteriores, que en promedio mostraron las mismas pautas constantes, a diferencia de lo que ocurrió antes y después de 1988; de hecho, constituyeron el clímax de la coyuntura crítica del realineamiento electoral iniciado en 1994 (Pacheco, 2000).

El Distrito Federal es una entidad peculiar desde diversos puntos de vista. En primer lugar, ilustra en forma aguda lo que son las grandes tendencias nacionales, en el sentido estricto de que el PRI obtiene votaciones más bajas y la oposición más alta que en el resto del país; en segundo lugar, dada su posición estratégica como capital política y su resonancia en los medios de comunicación nacionales así como el peso demográfico y económico que consigue junto con los municipios conurbados del estado de México, lo que ahí suceda tiene efectos nacionales. Por otra parte, el comportamiento electoral de la capital presenta características muy propias que hacen del D.F. un caso interesante para el estudio de la volatilidad. Desde 1988, los ánimos han oscilado entre un arrollador apoyo a Cárdenas como candidato presidencial, y una etapa de moderada simpatía por el PRI, para volver a rendirse de lleno ante Cárdenas, esta vez como candidato a jefe de gobierno del D.F. En la campaña electoral de 1997, los cambios en las preferencias partidarias fueron marcados y el punto de inflexión decisivo se situó en los días en que los tres principales partidos nominaron internamente a sus respectivos candidatos; las tendencias establecidas a partir de ese momento se acentuaron drásticamente y aceleradamente para saldarse con la brutal caída del PRI y del Partido Acción Nacional (PAN) ante el empuje de la marejada cardenista capitalina.

² Los resultados de las elecciones federales de 1988 probablemente se asemejaron bastante a los de 1997. Sin embargo, dada la falta de confiabilidad de las cifras oficiales es difícil determinar hasta qué punto coincidieron. El estudio más consistente es el de Francisco Báez (1994), quien determinó que la votación en favor del PRI se ubicó muy probablemente en alrededor de 48 por ciento.

EL ENIGMA DE LA CONDUCTA ELECTORAL: LA DISCUSIÓN TEÓRICA

La conducta electoral se origina en la multidimensionalidad de los factores que se combinan en ella, es decir, diversos planos de la realidad se intersectan de una manera muy específica antes y durante las elecciones, dando lugar a comportamientos y preferencias de voto variadas. Esto se debe a que la complejidad de la estructura social hace que cada individuo se encuentre ubicado en la intersección de múltiples grupos de pertenencia. Por esta razón, aunque las variables de tipo socioeconómico juegan un papel insoslayable en la definición de las conductas electorales, no puede negarse que resultan insuficientes para dar cuenta del fenómeno electoral. A este respecto, parecen tener mayor poder explicativo los sistemas simbólicos, en tanto mecanismos organizadores de las percepciones y representaciones mentales de los individuos que conforman el electorado y que estructuran sus actitudes y normas de acción (Michelat y Simon, 1989: 291-294).

LA ESTABILIDAD DE LAS ACTITUDES POLÍTICAS

a) *Actitudes políticas: identificación, eficacia y confianza política.* Uno de los paradigmas más influyentes para explicar el comportamiento electoral estadounidense en las décadas de los cincuenta y los sesenta fue el desarrollado por el Survey Research Center de la Universidad de Michigan (Campbell *et al.*, 1969; Butler y Stokes, 1974; Niemi y Weisberg, 1993a). En general, esta corriente define a la actitud política como un estado subjetivo que influye en la conducta política y plantea que, a través de su análisis se pueden explicar las preferencias partidarias. La premisa central de ese modelo es que la identificación partidaria³ es el factor más poderoso para elucidar la conducta electoral. La noción de identificación no se refiere tanto a un nexo directo

³ Para medir la identidad partidaria se aplicaron durante varias décadas las mismas tres preguntas (en su idioma original): *Generally speaking, do you think of yourself as a Republican, a Democrat, an Independent, or what?*; a quienes respondían republicano o demócrata, también se les preguntaba: *Would you call yourself a strong (Republican, Democrat) or a not very strong Republican, Democrat?*; a quienes se clasificaban independientes se les preguntaba además: *Do you think of yourself as closer to the Republican or Democratic Party?*



y organizativo con un partido, sino más bien a la forma en que un individuo se vincula, en un sentido amplio y laxo, con un grupo político que le sirve de referente, esto es, a su orientación afectiva hacia ese grupo, determinando prácticamente de por vida las preferencias del elector. Por otra parte, la identificación partidaria también contribuye a estructurar la percepción que los individuos tienen de las diferentes dimensiones de los asuntos políticos, a la formación de opinión, a que las personas se interesen en la política, a ampliar la participación psicológica en la política y a participar en las elecciones. En esta perspectiva, la identificación partidaria resulta ser un concepto clave para explicar la dirección del voto, la estabilidad del sistema de partidos y la reproducción del sistema político. En conexión con esto último, cabe señalar el desarrollo de los planteamientos basados en la noción de alineamiento electoral (Burnham, 1993: 296-312; Beck, 1993: 331-345; Niemi y Weisberg, 1993b: 284-295; Key, 1955: 3-18). De acuerdo con ellos, las preferencias partidarias se recortan sobre *clivajes* de clases sociales, religiosos o étnicos (Lipset y Rokkan, 1967: 1-64) y, como consecuencia de ello, dan lugar a una disposición estable y duradera del sistema de partidos apoyada en ese acomodo social específico.

Emparentados con el concepto de identificación partidaria, se desarrollaron las definiciones de otras actitudes que influían en el voto, tales como la eficacia y la confianza políticas. Los sentimientos de eficacia se refieren a aquellas personas que piensan que el gobierno y sus funcionarios escuchan al ciudadano (eficacia política externa) y consideran útil su propia participación, pues sienten que pueden incidir sobre las decisiones de dichos funcionarios (eficacia política interna); por lo mismo, se concluye que la eficacia estimula la participación. La confianza política es definida como una actitud asociada con la percepción de la gestión gubernamental, con la idea de que el gobierno actúa correctamente; se presume que la confianza hacia los funcionarios en el poder promueve actitudes favorables para el partido que representan.

b) La reproducción del comportamiento político: ciclo de vida y recambio generacional. Entre las variables de largo plazo que afectan la conducta electoral se encuentra el recambio generacional. En el transcurso de los años, la estructura demográfica del electorado registra modificaciones derivadas, por un lado, de la incorporación de

las capas de jóvenes que sucesivamente alcanzan la edad para votar y, por el otro, del retiro de otras personas por deceso. Tradicionalmente, el estudio del comportamiento electoral en función del cambio demográfico básico (nacimiento, deceso, pirámide de edades) suele analizarse por grupos de edad; cuando el año de nacimiento es el único rasgo común de un grupo de personas, entonces se le denomina cohorte.

Hemos visto que el planteamiento central de la corriente de Michigan afirma que la identificación partidaria constituye la clave para determinar las preferencias de los individuos. De lo anterior, se derivan dos corolarios. El primero consiste en ratificar la aplicabilidad del criterio anterior a individuos de cualquier edad, recurriendo al modelo explicativo del ciclo de vida según el cual la participación electoral varía en función de la edad: entre los jóvenes es débil, va creciendo durante la edad adulta (en la cual alcanza la cima), para luego declinar durante la vejez. De acuerdo con estos postulados, en periodos de estabilidad política los estudios muestran que a mayor edad crece la probabilidad de mantener una misma identificación partidaria, aunque puede debilitarse; no obstante lo anterior, entre los jóvenes se registra una mayor proclividad al cambio de preferencia partidaria. De acuerdo con ese mismo paradigma, una vez que los electores han operado una primera selección y votan por un partido existen altas probabilidades de que el resto de su vida repitan esa conducta.

Para explicar esta debilidad de la identificación partidaria de los jóvenes, se recurre al argumento de que en esa fase del ciclo de vida el grado de inexperiencia política es mayor. Así, por una parte se considera que las capas de reciente ingreso al electorado han vivido pocas experiencias que refuerzan su eventual identificación partidaria con conductas políticas; y por la otra, se aduce que los jóvenes, debido a su situación de búsqueda de inserción en la vida profesional y de formación de su propia familia, se inclinan por experimentar más cambios sociales que contribuyen al cambio en la preferencia partidaria. En el caso del adulto maduro, se parte del supuesto de que sus preferencias partidarias ya han sido reforzadas por su propia conducta anterior y que el descontento que pudiese aflorar por razones coyunturales provocaría pocos cambios en los compromisos partidarios. En el caso de las personas de mayor edad, se considera que la declinación de la participación y el debilitamiento de la identificación partidaria se debe a que suelen experimentar un proceso de desinserción social y personal que desestructura las redes de su sociabilidad cotidiana.



Este modelo resulta útil para explicar el comportamiento electoral durante los largos periodos de estabilidad política y de sólido alineamiento electoral, ya que da por sentado que la estabilidad de las preferencias partidarias dentro de una generación va de la mano con su transmisión de padres a hijos; la estabilidad de las preferencias partidarias en el largo plazo se explica, según este paradigma, por la eficiente transmisión intergeneracional de la identificación partidaria a través de los canales de la socialización política familiar.

A pesar de la coherencia teórica de este punto de vista, surgieron diversas críticas respecto a los límites de su aplicabilidad. Aunque es verdad que el proceso de recambio generacional, en ciertos contextos, no tiene efecto alguno sobre las actitudes políticas del electorado y prácticamente reproduce sus características originales, hay señalamientos en el sentido de que, bajo determinadas circunstancias, sí puede alcanzar una influencia importante en la permanencia o modificación de dichas actitudes. Bajo tal perspectiva se plantea que sus efectos pueden llegar a ser más variados y crear una nueva tendencia, o bien alterar —ya sea reforzando, inhibiendo, frenando o revertiendo— una tendencia de largo plazo ya existente (Abramson, 1987: 81-95). En estrecha relación con lo anterior, el enfoque del ciclo de vida fue blanco de otros cuestionamientos adicionales, pues la evidencia empírica mostró que pueden surgir condiciones políticas que influyen en el electorado, independientemente de la edad, las cuales son capaces de provocar un cambio de identificación partidaria y dar un motivo para retirar el apoyo al partido por el que solía votar, inclusive entre las generaciones de adultos y mayores, donde se supone que la identificación partidaria es más estable. Por otra parte, los análisis de largo plazo muestran que los periodos de estabilidad se alternan con fases ya sea de comportamiento errático entre amplias capas de electores o bien de reajustes profundos del alineamiento partidario.

CAMBIO POLÍTICO, VOLATILIDAD Y COYUNTURA ELECTORAL

La vida social y política no siempre es estable y puede verse alterada por cambios que derivan ya sea de tendencias estructurales de largo plazo o modificaciones repentinas provocadas por grandes acontecimientos históricos. A diferencia de los planteamientos clásicos de



Michigan respecto a la estabilidad de la identificación partidaria, ciertos autores proponen que estas actitudes pueden sufrir alteraciones por la influencia de sucesos de gran magnitud que orillan a los ciudadanos a revalorizar ya sea su capacidad personal para influir en política o su percepción sobre la capacidad de respuesta del gobierno, en tanto que para otros analistas, no sólo los hechos históricos inciden sobre las actitudes y conductas electorales, sino que también lo hace la coyuntura electoral.

El modo en que los electores perciben y procesan a través de sistemas simbólicos las diversas variables que constituyen la coyuntura electoral está fuertemente marcado por el contexto histórico de socialización política que les tocó vivir. En otras palabras, a cada generación de electores le correspondió vivir en una época determinada, con características específicas, dentro de la cual se socializó políticamente y sus esquemas mentales se estructuraron de manera diferenciada dando pie a comportamientos políticos distintivos. Esto a su vez hace que puedan reaccionar de manera diferenciada ante estímulos políticos ulteriores, propiciando la segmentación del electorado.

a) *Generación política y desalineamiento/realineamiento electoral.* El concepto de generación política resulta ser más fructífero que el criterio de ciclo de vida para dar cuenta de las variaciones en actitudes y conductas (Abramson, 1987: 143). Según esta perspectiva, la marca generacional es adquirida por la gente al compartir las mismas experiencias históricas precisamente en los años de formación, y considera que estas experiencias influyen decisivamente en los individuos hacia el final de la adolescencia. Durante épocas de acelerado cambio social o político, es muy probable que se modelen generaciones con un sello o pautas de conducta y actitudes propias que las distinguen de otras. Su peculiaridad está determinada por la influencia que tuvieron los acontecimientos específicos (de carácter emblemático o fundacional), mismos que desencadenaron esas transformaciones en la vida social y política; es decir, las experiencias colectivas de socialización política propias de un determinado periodo histórico de la vida social pueden dar lugar a la diferenciación generacional. Así, se acuña el concepto de *generación política* para referirse a aquel conjunto de ciudadanos que han vivido las mismas experiencias históricas básicas durante sus años de formación y que desarrollaron conductas y actitudes distintivas.



En la medida en que se admite que la socialización política es una experiencia generacional diferenciada, el análisis adquiere mayor capacidad explicativa y pone de relieve la manera cómo, en una misma sociedad y en un mismo momento, se distribuyen y se superponen diversas actitudes políticas forjadas en periodos políticos diferentes. De ahí que no deba hablarse del electorado como una sola entidad de características homogéneas que sólo varían cuantitativamente, sino como un conjunto de agregados sociales que dan lugar a la formación de diversos electorados. Esta noción de socialización política diferenciada relativiza la importancia del reemplazo generacional como factor que provoca la erosión de las lealtades partidarias, enfatizando el papel que tienen los tiempos de cambio político, entre los que destacan los de desalineamiento electoral y los de surgimiento y formación de un nuevo equilibrio social o reacomodo de las coaliciones de los cuales surgen nuevos realineamientos.

Durante los periodos de desalineamiento electoral, la modificación más relevante es la declinación de la fuerza de la identificación partidaria; por lo que crece el abstencionismo y los electores se alejan de los partidos. En el caso de estos electores que no tienen preferencias partidarias, el repliegue ante la vida electoral no significa que hayan abandonado necesariamente todo interés por la política, sino que más bien ponen de manifiesto su creciente rechazo al alineamiento partidario existente (Percheron, 1989: 239-242). Durante las fases tempranas de las etapas de realineamiento, los nuevos partidos (o incluso los que existían con anterioridad pero que sufrieron profundas transformaciones) no necesariamente consiguen atraer a los simpatizantes del partido que está siendo desplazado, pero sí captan el apoyo de las nuevas capas de ciudadanos que ingresan al mercado electoral o a las que lo hicieron recientemente (Beck, 1993: 331-345). Así, se establece un reacomodo global del electorado que da lugar, al menos en teoría, a un original alineamiento electoral. Lo fundamental es señalar que, en este proceso, las diferentes generaciones políticas muestran pautas específicas de articulación y de readaptación a las nuevas circunstancias.

En suma, los grandes acontecimientos históricos influyen en los cambios colectivos de identificación partidaria y dan origen al realineamiento electoral, lo que naturalmente tiene efectos sobre las actitudes políticas en lo individual. Bajo esta óptica, las variaciones de estas últimas son reacciones ante los estímulos que generan los gran-



des acontecimientos de la vida social ocurridos en una determinada coyuntura histórica. Estas respuestas a hechos específicos contribuyen mucho más que la edad o la cohorte para entender los cambios en la identificación partidaria y las modificaciones en los sentimientos de eficacia política y de confianza en el gobierno (Abramson, 1987: 372-374); así, por ejemplo, una nueva coyuntura plantea a la gente la necesidad de reevaluar su capacidad para influir sobre el sistema político y revisar sus creencias respecto a la capacidad de los dirigentes políticos (Abramson, 1987: 208).

b) El elector volátil: anomalía o fenómeno estructural. El talón de Aquiles del paradigma de Michigan vendría a ser el elector volátil. Bajo la premisa del papel central de la estabilidad de la identificación partidaria propugnada por la corriente original de Michigan, la conducta electoral volátil sólo podía ser un fenómeno que se ubicaba más allá de las fronteras explicativas de sus planteamientos, una anomalía. Algunos autores inscritos en esta corriente (Butler y Stokes, 1974) ya habían encontrado señales de la inestabilidad de la identificación partidaria, así como de la existencia de un segmento muy importante del electorado conformado por votantes flotantes o volátiles, en los que la inestabilidad era ya un hábito político adquirido y permanente. A pesar de estos hallazgos, no asignaron relevancia de primer orden al papel del electorado flotante en la estructuración de su modelo teórico y se le catalogó globalmente como gente apática desinteresada de la política.

Sin embargo, desde fines de la década de los sesenta y durante la siguiente, aparece una creciente evidencia empírica indicativa de que la identificación partidaria era mucho menos estable de lo que se había supuesto originalmente. Los planteamientos de la corriente de Michigan, en especial la pretendida estabilidad de la identificación partidaria, fueron cuestionados (Nie *et al.*, 1993: 235-245; Niemi y Weisberg, 1993b); estas críticas se apoyaban en las nuevas tendencias electorales que se manifestaron en ese periodo. Los descubrimientos de estos estudios se resumen en lo siguiente: a) cada vez menos electores tienen una identificación partidaria estable y fuerte; b) los efectos determinantes de la lealtad partidaria sobre el voto disminuyen; c) la imagen de los candidatos depende cada vez menos de la del partido que los postula; d) los electores se alejan de los partidos e incluso tienen opiniones negativas sobre ellos; e) la transmisión

intergeneracional de identidad partidaria decrece. En función de ello, se concluye que los electores han desarrollado capacidad para formar sus propios criterios electorales y en función de ellos ejercer el sufragio. Desde esta nueva perspectiva, la consecuencia lógica de los argumentos es la revalorización de la influencia de los *issues*, los candidatos y los efectos de las campañas electorales sobre la orientación del voto. Otros autores señalaron a su vez que la volatilidad no sólo se refiere al cambio de preferencia partidaria, sino que además puede involucrar la decisión de participar o de abstenerse; por lo mismo, las variaciones en la participación también deben ser consideradas como uno de los factores explicativos de la volatilidad electoral (Grunberg, 1989: 430).

Como resultado de las críticas al modelo de Michigan y en particular a sus limitaciones para explicar el fenómeno del electorado volátil, se articuló un paradigma alternativo para dar cuenta de la conducta y actitudes electorales (Niemi y Weisberg, 1993b; Grunberg 1989: 422-430). Surge el modelo racional. Al detectarse la existencia de un tipo de elector interesado pero volátil y de otro efectivamente apático, cobra fuerza la idea de que el primero es un ente capaz de decidir racionalmente sus preferencias de voto y busca la mejor aproximación posible entre su posición personal y la que le ofrecen los diferentes partidos políticos.⁴ En este nuevo paradigma, se subraya la asociación inversa entre la disminución de los electores leales y el aumento de los racionales. Aún más, en función de estos planteamientos, la interpretación que se hace de los electores que optan por no participar adquiere un nuevo matiz: es cierto que en el abstencionismo existen segmentos de electores pasivos que se interesan en problemas tan concretos y específicos que no son mencionados en las plataformas partidarias y esto los deja sin opciones, sin embargo, hay otra clase de abstencionistas que no acuden a las urnas para expresar su rechazo a las propuestas de los partidos, son personas que sí se interesan en la política, pero que se sitúan en un plano muy diferente al que manejan los partidos durante las campañas electorales (Subileau y Toinet, 1989: 196-198).

⁴ Esta explicación está vinculada a la noción "espacial" (Downs, 1957: 114-141), según la cual el elector percibe a los partidos como empresas situadas en un espacio fijo y en función de cómo se ubica él mismo dentro de este espacio opta por el partido más cercano a sus propias posiciones.



Con base en estos postulados, la volatilidad resulta explicable: puesto que los ciudadanos son capaces de decidir racionalmente su voto, el debilitamiento de la lealtad partidaria deriva de la distancia existente entre las actitudes políticas de los electores y su percepción de las propuestas de los partidos, lo que a su vez afecta a la reproducción de la identificación partidaria y retroalimenta la volatilidad. Esto implica que dicha inestabilidad ni es un fenómeno imprevisible, ni se trata tampoco de una conducta desviada o excepcional; al contrario, es un fenómeno estructural, normal en ciertos periodos, que sigue ciertas pautas y que puede abarcar a una parte muy amplia del electorado. Este enfoque reorientó las investigaciones hacia la problemática de desentrañar los mecanismos y procesos de decisión de los electores durante los propios periodos de elecciones y de evaluar cómo los partidos y los candidatos tratan de influir sobre ellos a través de su oferta y su estrategia.

c) La coyuntura electoral: issues, candidatos y campañas. Debido al postulado de la estabilidad de la identificación partidaria, el paradigma de Michigan relegó a un segundo plano, como ocurrió con la volatilidad, el papel de los diversos componentes de la coyuntura electoral: los candidatos, los *issues* y las campañas; el argumento era que su carácter variable y temporal les impedía pasar al primer plano, por encima de la identificación partidaria, en la orientación del sentido del voto. Sin embargo, nuevos hechos políticos y las ulteriores críticas a la noción de identificación partidaria abrieron el camino a una nueva perspectiva teórica que asignaría a tales factores un papel de primordial importancia en la orientación del voto.

La preocupación por dar cuenta de la volatilidad electoral pone en el primer plano de la discusión la influencia de los factores de corto plazo sobre la decisión de por cuál partido votar y, en consecuencia, desemboca en la revalorización de los componentes de la coyuntura electoral: los *issues*, los candidatos y las campañas. Ahora bien, los votantes organizan su percepción de la realidad político-electoral a través de un sistema estructurado de disposiciones adquiridas (la socialización política) y este sistema determina cómo aquellos valoran los componentes de la coyuntura electoral (Garrigou, 1989: 379). En esta lógica, es necesario establecer bajo qué condiciones específicas pueden los factores de corto plazo influir sobre el voto. Así, para que un *issue* influya sobre el voto, debe cumplir tres

condiciones: que el elector lo considere importante, que ocupe un lugar central en la opinión pública y que los diversos partidos se posicionen respecto a él de modo tajante y diferenciado. Es decir, se subraya el lugar que ocupan los *issues* en la agenda política, en las percepciones de los electores y en el *clivaje* interpartidario.⁵

La imagen de los candidatos pesa en la orientación del voto, más no de manera autónoma, sino bajo determinadas coyunturas o circunstancias. Puede ser determinante entre los electores calculadores y también cuando la diferenciación entre las propuestas de los partidos no es contrastada, pues le proporciona al elector un referente del que carecería. Bajo este escenario, tanto el elector poco apto para reconocer y constituir las diferencias políticas, como el que ha desarrollado una actitud racional ante el voto son muy sensibles al perfil del candidato.⁶ Existen coyunturas políticas específicas en las que un candidato carismático logra, además de captar el voto alineado o de fuerte identificación partidaria, proyectar una imagen que va más allá del partido que lo postula. En estas situaciones se combinan la focalización del candidato sobre un determinado *issue*, o incluso la identificación de su imagen personal con éste, y el agrupamiento de diversos grupos de electores con posiciones similares respecto a ese mismo *issue*. La articulación de estos dos aspectos activa lo que se denomina una candidatura de *issue* (*issue candidacy*).⁷

Este enfoque también permite concluir que tanto las variaciones de la oferta política de los partidos y/o de los candidatos durante la contienda electoral como la confrontación de sus respectivas campañas influyen sobre el elector y permiten explicar los diferentes com-

⁵ Dentro de este campo temático, también se habla de *issues* fáciles y difíciles (Carmines y Stimson, 1993: 114-118).

⁶ “Pero no se puede hablar del impacto de los candidatos por fuera de una coyuntura política específica y, aquí, de la que constituye la configuración de la competencia electoral. Es decir que hay que corregir la idea según la cual los candidatos serían un determinante autónomo del voto. La imagen de los candidatos juega relativamente en ciertas coyunturas políticas y diferencialmente según los electores. Eso puede ser verificado y precisado a partir de estos casos extremos en que la estatura de un candidato parece pesar excepcionalmente sobre el voto.” (Carmines y Stimson, 1993: 376). Traducción de la autora.

⁷ “Las candidaturas de *issue* son el producto de una interacción particular entre la oferta política y la coyuntura política, en el sentido de que aparecen cuando el campo de la problemática legítima definida por las grandes empresas políticas excluye ciertos *issues* particularmente destacados para amplios segmentos del electorado. En otros términos, tienen más oportunidad de intervenir cuando los partidos políticos instituidos son cercanos y tácitamente cómplices para excluir ciertos *issues* del debate político y, por otra parte, que estos *issues* excluidos son los más relevantes.” (Garrigou, 1989: 378). Traducción de la autora.



portamientos electorales; pero al mismo tiempo, los posicionamientos de partidos y candidatos y su comunicación con el electorado son formas de la oferta política que a su vez estimulan la actitud calculadora de los electores. De alguna manera, una buena campaña, al adecuarse a las expectativas coyunturales de la mayoría de los electores contribuye a orientar el voto (Cayrol, 1989: 385-417).

Como conclusión de todo lo anterior, podemos afirmar que la coyuntura electoral constituye un periodo privilegiado durante el cual partidos y candidatos tienen la oportunidad de tener un control relativo de la agenda política y esto les permite incidir con nuevos *issues* o bien reactivar algunos en especial con el fin de atraer a más y mayores segmentos del electorado.⁸ Por esta razón, puede llegar a constituirse en un factor de fuerte influencia sobre el sentido del voto (Grunberg, 1989: 425-427). El impacto de la coyuntura electoral sobre los ciudadanos se evalúa en función de la variación de las sucesivas disposiciones que toman los candidatos y los partidos a lo largo de ella, y por la forma en que evoluciona la estructuración de los *issues* en la opinión pública. Ahora bien, los factores coyunturales no actúan en el vacío; en realidad, los electores “filtran” sus percepciones y organizan sus representaciones mentales de la política a través de los sistemas simbólicos de creencias y valores que estructuran sus actitudes y normas de comportamiento. Así, el estudio de a) bajo qué modalidades ordena el elector su percepción del ambiente político y b) cómo estos mecanismos influyen sobre la formación de sus preferencias partidarias individuales, pasan a constituirse en temas de primera importancia.

Desde este punto de vista, la volatilidad se define como una reacción normal de los electores ante la dinámica de cambio de un sistema político, donde los *issues*, la disposición de los partidos y los posicionamientos de los candidatos están en constante movimiento; es el producto de la adaptación estratégica de los votantes a los vaivenes de la oferta electoral y de los *issues* estratégicos en una elección.

⁸ Bajo este ángulo, surgen nuevos problemas para su análisis, tales como el de evaluar hasta qué punto la estabilidad electoral es una función de la capacidad de resistencia del electorado ante las presiones que le impone la coyuntura. Otro se refiere a los efectos de la coyuntura sobre el alineamiento y cómo aquella revela un sistema de disposiciones interesadas, es decir, la elección no necesariamente es la causa del nuevo alineamiento, sino que puede darse el caso de que tan sólo sea el revelador de cambios ocurridos desde *antes* de la elección (Garrigou, 1989: 379-382).



Aquí, el periodo de contienda electoral constituye, por sí mismo, una coyuntura especial cuya incidencia en los electores tiene consecuencias sobre el sistema político.

LA ESTABLE VOLATILIDAD DEL DISTRITO FEDERAL

Pasemos ahora a revisar las principales características y cambios que se registraron en las actitudes políticas y percepciones sobre la coyuntura electoral de 1997 en el Distrito Federal.⁹ En lo que se refiere a las actitudes, se trata de definir hasta qué punto la situación se caracteriza por la estabilidad en la identificación partidaria o por la volatilidad electoral; también se estudia la evolución de otras dos actitudes políticas, la eficacia política y la confianza en el gobierno, para medir su impacto en el comportamiento electoral. En segundo lugar, se evalúa el peso de los *issues*, el perfil de los candidatos y las campañas en la coyuntura electoral y su efecto en la orientación de las preferencias partidarias.

LOS GRANDES CAMBIOS EN EL D.F.

a) Desalineamiento y volatilidad. Como las encuestas de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) no incluían propiamente preguntas de identificación política, como indicador alternativo para evaluar la estabilidad o la volatilidad utilicé, por una parte, la evolución de los resultados agregados del Distrito Federal de 1988 a 1997 y, por otra, las intenciones de voto expresadas en todas las encuestas de opinión pública realizadas y publicadas entre enero y junio de 1997. Durante esta década, se registran agudos cambios en el comportamiento electoral agregado del Distrito Federal (cuadro 1): mientras que las votaciones en favor del PRI y del Frente Democrático Nacional/Partido

⁹ Para ello se utilizan las tres encuestas levantadas por la Universidad Autónoma Metropolitana en abril, mayo y junio de 1997. Los cuestionarios fueron elaborados por el Grupo de Estudios Electorales, a cuyos integrantes les agradezco el haberme facilitado las bases de datos magnéticas para desarrollar el presente trabajo. Debido a esto, el diseño de las preguntas no corresponde con exactitud a las necesidades de mi análisis; pero gracias a que los estudiosos interesados en estos temas coincidimos en preocupaciones teóricas e interpretativas similares, la cuidadosa revisión del cuestionario me permitió seleccionar, para utilizarlas como indicadores, aquellas preguntas que se ajustaban más a mis objetivos.

de la Revolución Democrática (FDN/PRD) indican la existencia de una elevada volatilidad electoral, el PAN se caracteriza por una relativa estabilidad. No obstante, cabe hacer notar que a lo largo de la campaña electoral de 1997, como veremos más adelante, las preferencias en favor del PAN fueron también víctimas de la volatilidad. Lo anterior sugiere que el grado de identificación partidaria no juega un papel preponderante.

CUADRO 1
*EVOLUCIÓN ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL, 1988-1997**

	FRI %	PAN %	FDN/PRD %	Otros partidos %
1988	27.6	24.4	45.9	2.1
1991	46.2	19.8	12.2	21.8
1994	40.6	27.3	21.4	10.7
1997	23.6	18.0	45.4	13.0

* Con el fin de asegurar la comparabilidad de los resultados electorales, en los cuatro años se utilizan las cifras de la elección de diputados de mayoría relativa. En 1988, corresponden a los datos proporcionados por la Comisión Federal Electoral; en los otros tres casos, a los datos a conocer por el Instituto Federal Electoral (IFE).

Vistos en el largo plazo, los dos momentos de mayor debilitamiento del PRI y del correlativo fortalecimiento del FDN o del PRD ocurren después de serios problemas económicos. Esto podría llevarnos a suponer la existencia de un electorado racional y calculador, que utilizó su voto para castigar al gobierno priísta en 1997; sin embargo, si bien los datos apuntan a la existencia de ese electorado racional, también indican que el descontento hacia el gobierno por razones económicas comenzaba a amainar, en tanto que otro tipo de consideraciones lo motivaron para volcarse en favor de Cárdenas.

Por otra parte, interesantes conclusiones se desprenden de la evolución de la opinión pública durante los meses precedentes a la elección federal intermedia de 1997 (en el cuadro 2 se presentan los promedios mensuales de las encuestas dadas a conocer durante ese semestre en los medios de comunicación impresos).¹⁰ Al inicio del año, cuando

¹⁰ Durante la campaña electoral de 1997 hubo una gran profusión de encuestas, especialmente en el Distrito Federal, publicadas en los periódicos de circulación nacional. Desafortunadamente, por falta de espacio, no pudimos incluir el anexo donde se reportaban los datos completos a partir de los cuales se confeccionaron los datos del cuadro 2.

ninguno de los tres principales partidos contaba aún con candidato, la situación era altamente favorable para el PAN y desfavorable por igual para el PRI y el PRD. En marzo y abril, cuando ya son del conocimiento público los nombres de sus respectivos candidatos, las posiciones dan un giro y se cierra la distancia entre los tres, y es a partir de mayo que se desanuda dándole una muy amplia ventaja al candidato del PRD. En este caso, los hechos apuntan hacia un fuerte impacto del perfil de los candidatos sobre la distribución de las preferencias partidarias.

CUADRO 2
EVOLUCIÓN DE LAS PREFERENCIAS EFECTIVAS EN EL DISTRITO FEDERAL
PROMEDIOS MENSUALES DE LAS ENCUESTAS DE ENERO A JUNIO DE 1997

	FRI %	PAN %	PRD %
Enero	26.4	40.7	25.7
Febrero	30.5	37.0	25.7
Marzo	28.4	30.5	34.5
Abril	33.4	28.8	32.3
Mayo	25.1	22.3	42.4
Junio	22.7	20.4	45.1

Tanto el promedio del conjunto de encuestas publicadas, como los datos de las tres encuestas levantadas por la UAM (en abril, mayo y junio,¹¹ véase cuadro 3) que analizaremos en este trabajo son consistentes entre sí, por lo que de aquí en adelante nos referiremos exclusivamente a las segundas.

¹¹ Las encuestas de opinión fueron patrocinadas por la Universidad Autónoma Metropolitana con objetivos de investigación académica; el cuestionario fue diseñado por el Grupo de Estudios Electorales de la misma casa de estudios. Se entrevistó sólo a residentes del Distrito Federal con credencial de elector y la aplicación de los cuestionarios se realizó en los hogares. Las entrevistas se distribuyeron en doscientas zonas que comprenden todo el territorio del D.F., determinando la división en razón de los pesos específicos de cada delegación y distrito electoral según el volumen de la población empadronada, tomando como base los datos correspondientes a las listas nominales. Con base en la cartografía de los distritos, se estableció una división en zonas que comprendieran volúmenes semejantes de manzanas, en el entendido de que cada demarcación fuese geográficamente continua. Para cada zona demarcada, se seleccionó una muestra de cuatro manzanas disgregadas en su interior para ser incluidas en el muestreo; en cada una de ellas el entrevistador seleccionó una vivienda y aplicó el cuestionario a la persona que reunía los requisitos de ser mexicano, tener 18 o más años de edad y que acudió a la puerta en primer término. El tamaño de cada muestra (n=800) se

CUADRO 3
EVOLUCIÓN DE LAS PREFERENCIAS PARTIDARIAS EN EL D.F., ABRIL-JULIO 1997
ENCUESTAS DE LA UAM Y RESULTADOS DEL IFE

	Preferencias brutas					Preferencias efectivas**			
	PRI	PAN	PRD	otros	n.m.*	PRI	PAN	PRD	otros
Abril	22	17	25	4	32	32	25	37	6
Mayo	18	13	32	5	32	26	19	47	7
Junio	17	14	36	7	26	23	19	49	9
Julio ***						26	16	48	11

* No menciona: este rubro reúne a los que respondieron "voto secreto", "ninguno" y "no sabe".

** Cálculo simple de preferencias efectivas, descontando al rubro "demás".

*** Resultados de la elección de jefe de gobierno del 6 de julio de 1997.

Nota: las cifras de este cuadro y de todos los subsecuentes se presentan en porcentajes con redondeo.

Fuente: encuestas de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Las cifras sugieren que entre abril y mayo tuvo lugar un cambio de lealtades partidarias en favor del PRD, es decir, el crecimiento de éste es el resultado global de una disminución de las preferencias en favor del PRI y del PAN; mientras que de mayo a junio se activan en favor del PRD electores que antes no externaban sus preferencias ("no sabe", "no responde", "voto secreto"), es decir, sus ganancias provienen de los entrevistados que hasta mayo no parecían tener una fuerte identificación partidaria.

De acuerdo con los datos de la encuesta levantada en abril, se puede detectar un fenómeno de diferenciación entre el partido con el que se simpatiza, el partido por el que se vota y el juicio respecto a la capacidad del candidato respectivo (cuadro 4). En el caso del PRI, las variaciones de simpatía respecto al partido por el que se votó en 1994 y por el que se votaría en 1997 son mayores en comparación con el PAN y el PRD; esta situación lo beneficia en 1994 al permitirle captar votos de gente que no manifiesta simpatía por el PRI; pero en

determinó en razón del grado de exactitud precisado y la heterogeneidad de la población respecto a sus preferencias electorales, ajustándose la cifra de entrevistas al requerimiento de equidistribución geográfica en la asignación de cuotas por zona.

Desafortunadamente, las encuestas de la UAM no son un panel, lo cual habría sido un instrumento valiosísimo de análisis para abordar estos problemas; no obstante, su revisión arroja resultados que merecen ser estudiados.

CUADRO 4
 SIMPATÍA PARTIDARIA, INTENCIONES DE VOTO
 Y PERCEPCIÓN RESPECTO AL CANDIDATO (ABRIL 1997)

	PRI	PAN	PRD	otro	n.m.	Total
Voto 1994	31	14	20	3	32	100
Simpatía 1997	25	16	24	4	31	100
Candidato capaz	21	15	23	3	38	100
Voto 1997	21	18	25	4	32	100
<i>Diferencia respecto a simpatía</i>						
Voto 94 - Simpatía 97	6	-2	-4	-1		
Candidato capaz - Simpatía 97	-4	-1	-1	-1		
Voto 97 - Simpatía 97	-4	2	1	0		
<i>Diferencia entre voto de 1994 y voto de 1997</i>						
Voto 94 - Voto 97	-10	4	5	1		

1997 lo perjudica, pues una parte de sus simpatizantes no votó por él porque no le parecía que su candidato fuese el más capaz. En cuanto al PRD, destaca que la votación a su favor en 1994 se ubica por debajo de las simpatías partidarias declaradas en 1997.

Los datos del cuadro 4 muestran que efectivamente existe un segmento de electores que se comporta como un votante racional, cuya conducta variable afecta particularmente al PRI; igualmente, ponen en relieve la importancia del perfil del candidato con relación al voto que capta este mismo partido. De lo anterior se desprende la misma conclusión que en los resultados agregados: aparecen reacomodos del electorado indicativos de un importante debilitamiento de la identificación partidaria y de la existencia de un electorado volátil y racional.

b) *Actitudes políticas: aumentan los sentimientos de eficacia política interna.* En general, los sentimientos de una baja eficacia política interna y externa predominan en las tres encuestas (cuadro 5): más de la mitad de los entrevistados afirma que le interesa poco o nada informarse de política y tiende a pensar que es poco o nada lo que puede

influir en ella. A pesar de este panorama, entre abril y junio se registran cambios relevantes. En lo que se refiere a los sentimientos de eficacia interna, es de subrayarse que crecen de manera significativa los que sienten que pueden influir en política. En cuanto a la eficacia externa respecto al acto de votar, se registra un descenso de aquellos que desconfían de la limpieza electoral.

Sin embargo, resulta paradójico que la mayoría de la gente piense que su voto es importante, aunque cerca de la mitad mantiene la idea de que no será respetado.¹² Lo relevante aquí es el aumento de los sentimientos de eficacia política interna, pues plantea un cambio de actitudes al calor de la campaña electoral y pone en relieve la influencia de esa coyuntura.

CUADRO 5
EVOLUCIÓN EN LAS ACTITUDES POLÍTICAS DURANTE LA CAMPAÑA ELECTORAL EN EL
DISTRITO FEDERAL, ABRIL-JUNIO 1997*

	Mucho/Regular	Poco/Nada	No sabe
<i>¿Qué tanto le interesa informarse de política?</i>			
Abril	42	57	1
Mayo	37	59	4
Junio	46	52	2
<i>¿Qué tanto siente que puede influir en política?</i>			
Abril	29	66	5
Mayo	33	61	6
Junio	43	53	4
<i>¿Qué tan importante considera que es su voto?</i>			
Abril	70	26	4
Mayo	73	24	3
Junio	78	18	4
<i>¿Qué tan limpias serán las elecciones?</i>			
Abril	36	58	6
Mayo	37	53	10
Junio	43	43	14

* Cifras en porcentajes calculados en sentido horizontal respecto al total de entrevistados de cada mes.

¹² Esta respuesta es curiosa, pues en otros estudios de opinión el grado de confianza ante el IFE es alto; probablemente los ciudadanos creen que hay otros actores que pueden distorsionar la elección.

En tanto que los sentimientos de eficacia política personal aumentan, el grado de confianza hacia el gobierno se mantiene relativamente estable a lo largo de la campaña. Así, en lo que se refiere a la percepción de si el gobierno actúa adecuadamente o no, las evaluaciones se hicieron distinguiendo entre la administración federal y la local del D.F. (cuadro 6). En cuanto a la primera, prevalecen los que la califican de regular, a pesar de que algo menos de la mitad de los entrevistados juzga que la situación de su familia ha empeorado durante el sexenio; además, la mitad de los entrevistados califica de regular la actuación del presidente. Es de subrayarse que la situación del D.F. y la actuación del regente son juzgadas con mayor severidad; el descontento es más elevado, pues dos terceras partes calificaron de mala y muy mala la situación de la capital y la evaluación del regente se inclina más hacia las respuestas negativas y neutras. Sin embargo, llama la atención

CUADRO 6
EVOLUCIÓN DE LA CONFIANZA EN LA EFICACIA GUBERNAMENTAL
DURANTE LA CAMPAÑA ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL, ABRIL-JUNIO 1997*

<i>¿Ha mejorado o empeorado la situación de su familia en el sexenio?</i>				
	Mejor	Igual	Peor	No sabe
Abril	12	39	45	4
Mayo	9	45	41	5
Junio	10	39	48	3
<i>¿Cómo califica la labor del presidente Zedillo?</i>				
	Muy bien/bien	Regular	Mal/muy mal	No sabe
Abril	18	49	29	4
Mayo	19	48	31	2
Junio	14	51	31	4
<i>¿Cómo califica la situación actual del DF?</i>				
	Muy bien/bien	Regular	Mal/muy mal	No sabe
Abril	7	26	66	1
Mayo	6	27	66	1
Junio	4	25	70	1
<i>¿Cómo califica la labor del regente Espinosa?</i>				
	Muy bien/bien	Regular	Mal/muy mal	No sabe
Abril	11	38	36	15
Mayo	9	35	43	13
Junio	5	37	40	18

* Cifras en porcentajes calculados en sentido horizontal respecto al total de entrevistados de cada mes.



que los funcionarios responsables, presidente o regente, reciban menciones desaproboratorias en porcentajes menores a los que registran las respuestas respecto a la situación de su ámbito de gestión pública.

El que muchos entrevistados opinen que la situación está mal, pero no todos la atribuyan a los funcionarios, sugiere que el llamado voto de castigo y la desconfianza ante los gobernantes en turno no fueron el principal factor que orientó el fuerte cambio que se registró en las preferencias electorales durante los meses álgidos de la campaña. Además, la escasa variación de estas respuestas, en dirección a la desaprobación durante ese trimestre, refuerza la idea de que el cambio de preferencias entre abril y junio propiamente no deriva de un cambio en la opinión respecto al desempeño gubernamental.

En resumen, por lo que se refiere a las actitudes políticas en el D.F., nuestra revisión muestra que la identificación tiende a ser más bien inestable, pues las preferencias partidarias oscilan bastante tanto en el largo como en el corto plazo; los sentimientos de eficacia política, especialmente la interna, crecen (aunque no hay que minimizar la permanencia de importantes contingentes de personas con bajos sentimientos de eficacia); la evaluación negativa ante el gobierno, aunque significativa, varía muy poco. Dicho de otro modo, en 1997 no parece aumentar la proclividad a emitir un voto de castigo.

Lo notable es que, aunque desconfiados al inicio, poco a poco, al calor de la campaña misma, los electores entrevistados modifican sus actitudes políticas: crece el número de los que confían en las elecciones y en la posibilidad de influir en la política. Este cambio ocurrido durante la campaña hace necesario analizar el papel de la coyuntura electoral (candidatos e *issues*) para tratar de comprender el cambio de actitudes y de preferencias electorales.

c) La coyuntura electoral: el candidato del cambio. Por las características de la coyuntura electoral de 1997, mucho se habló de una candidatura carismática, es decir, fundada en las cualidades personales del candidato perredista; sin embargo, cuando se revisan las cifras definitivas de las encuestas, la situación parece ser algo diferente. Después de inquirir a cada entrevistado por cuál partido o candidato pensaba votar, se le preguntó el porqué de esa opción (cuadro 7). En abril, las respuestas se distribuyen casi por igual entre las propuestas, el cambio y el candidato. En mayo, cuando se realizó el debate tele-



visado de Cuauhtémoc Cárdenas contra el priísta Alfredo Del Mazo,¹³ hay un moderado aumento de los que contestan por el candidato. Pero lo más notable ocurre en junio cuando las opciones “por las propuestas” y “por el cambio” se incrementan.

Aún más, las razones de carisma personal se toman relativas cuando se ven los pobres resultados del candidato perredista en la elección presidencial de 1994. Por otra parte, en abril, con relación a la principal cualidad que debía tener el próximo jefe de gobierno, 37 por ciento contestaron que debía ser honesto, 14 por ciento que solucionara los problemas y 10 por ciento que cumpliera sus promesas, entre las respuestas que mayores menciones tuvieron. La alusión a la honestidad, más que referirse propiamente al candidato perredista, es la otra cara de la percepción de un gobierno en el que existe un número importante de funcionarios corruptos. Este conjunto de argumentos debilitan la tesis del voto basado exclusivamente en el carisma personal.

Sin embargo, al preguntársele directamente a los entrevistados qué es más importante para ellos a la hora de votar, si el partido o el candidato, alrededor del 40 por ciento respondió que el candidato (cuadro 7). Estos números aparentemente contradictorios podrían explicarse de la siguiente manera: efectivamente la gente vota por ese candidato porque, en sus percepciones de la política, es quien encarna a través de sus propuestas, la posibilidad del cambio. Lo cual pone de manifiesto que, al menos para los que declaran apoyar a Cárdenas, el *issue* es el cambio. En otras palabras, la de Cárdenas era una candidatura de *issue*.

En cuanto a la influencia de otras motivaciones sobre la conducta electoral, los datos de las encuestas no parecen arrojar hallazgos significativos. Si bien la percepción de los problemas en el D.F. registra cambios y se desplaza de los asuntos de carácter económico hacia los relacionados con la seguridad pública (cuadro 7), al efectuarse el análisis controlado por preferencia partidaria, no se encontró ninguna relación entre ese cambio y la oleada en favor de Cárdenas. Destaca

¹³ En abril, 51 por ciento de los entrevistados afirma informarse a diario de política por medio de la televisión. En mayo, 42 por ciento declaran haber visto el debate televisado. Del total de los que sí dijeron haberlo visto, 37 por ciento opina que ganó Cárdenas y 43 por ciento que ninguno de los dos (el otro era, como se recordará, el priísta Alfredo del Mazo); asimismo, 28 por ciento reconocieron que el debate contribuyó “mucho” o “regular” para decidir por quién votar, 30 por ciento poco y 41 por ciento nada.

que la mitad de los electores menciona razones normativas (derecho, deber) como el principal motivo por el cual acude a votar y la otra mitad esgrime argumentos de diferente índole, entre los que destaca “para tener un mejor gobierno”. También vale la pena subrayar el leve aumento de aquellas respuestas que reflejan una actitud más activa (“es un derecho”, “por un mejor gobierno”).

CUADRO 7
RAZONES DE VOTO DURANTE LA CAMPAÑA
ELECTORAL EN EL DISTRITO FEDERAL, ABRIL-JUNIO 1997*

	<i>¿Por qué votaría por esa opción?*</i>			
	Propuestas	Por cambio	Candidato	Demás
Abril	16	15	14	23
Mayo	15	17	19	17
Junio	23	23	15	11
	<i>¿Qué toma más en cuenta para votar: el partido o el candidato?*</i>			
	Partido	Candidato	Ambos	No sabe
Abril	21	37	29	13
Mayo	18	42	26	13
Junio	26	42	22	10
	<i>¿Cuál es el principal problema de la Ciudad de México?***</i>			
	Político	Económico	Seguridad pública	Otras
Abril	15	37	32	16
Mayo	14	30	38	18
Junio	13	27	43	17
	<i>¿Por qué razón vota usted?*</i>			
	Deber	Derecho	Mejor gobierno	Otras
Abril				
Mayo	22	25	24	29
Junio	20	29	28	23

* Cifras en porcentajes calculados en sentido horizontal respecto al total de entrevistados de cada mes.

** No se presentan los porcentajes de las personas que no respondieron a esta pregunta pues en la anterior no expresaron su preferencia. Por lo mismo, la suma horizontal no totaliza cien puntos.

*** Pregunta abierta codificada ulteriormente por tipo de problemas.

En resumen, los resultados que arrojan las encuestas con relación al efecto de los factores de corto plazo de la coyuntura electoral favorecen la idea de que prevaleció una candidatura de *issue*, como la que se menciona en el primer apartado. Hemos visto que la evaluación



negativa hacia el gobierno de la capital en funciones, aunque es un factor que incide en el sentido del voto, no alcanza a justificar la magnitud del aumento en el apoyo al candidato del PRD ya en plena campaña. A los ojos de muchos electores capitalinos, Cárdenas encarna, más allá de sus cualidades personales, la posibilidad de un cambio político y es esto en lo que parece residir el fortalecimiento de su candidatura. El *issue* durante la campaña fue el cambio y la candidatura de Cárdenas logró encarnarlo. El posicionamiento logrado por el candidato perredista a lo largo de los meses que precedieron a la elección, como el candidato que garantiza el cambio, es el factor que influye en las actitudes; así, el incremento de los sentimientos de eficacia interna encontraron la manera de hacer sentir su influencia en la política a través del voto por Cárdenas.

Hay que subrayar la importancia decisiva que tiene la combinación del conjunto de factores de largo y corto plazo que hemos analizado para dar cuenta de la volatilidad registrada en 1997. La imagen de Cárdenas arrastró el voto capitalino hacia el PRD, pero sólo bajo esa específica circunstancia; es preciso recordar los flacos resultados de ese candidato en 1994, pues aunque contendió por la presidencia, en el D.F. no logró ni de lejos una votación similar a la que alcanzaría tres años después. Esta perspectiva global, nos ha permitido ubicar en dónde ocurrieron los principales cambios durante la campaña electoral del Distrito Federal en 1997. También ha mostrado de qué manera específica la coyuntura electoral estimuló la participación e influyó en la modificación de las preferencias partidarias. En el siguiente apartado vamos a examinar estos aspectos comparativamente por generaciones políticas.

TRES GENERACIONES ANTE EL CAMBIO POLÍTICO

a) *Socialización y generaciones políticas.* Para el análisis por generaciones del comportamiento electoral en el Distrito Federal, primeramente definiremos los periodos históricos en función de los cuales trataremos de discernir las diferencias en socialización y actitudes políticas. La delimitación de estas fases se estableció de acuerdo con las características del sistema político, en particular aquellas más directamente vinculadas con la participación electoral. Distinguiremos tres periodos.



El primero se significa por el afianzamiento del sistema político y el auge económico que caracterizó a los años de la posguerra y del desarrollo estabilizador. En estos tiempos nace y se consolida la hegemonía priísta en un contexto de elecciones no competitivas y de movilización corporativa del voto; el movimiento estudiantil de 1968 marca simbólicamente el cierre de esta fase. Es el periodo de alineamiento en torno al partido hegemónico.

El segundo abarca aproximadamente los años setenta y ochenta. Durante esta etapa, entra en crisis el modelo de Estado benefactor e incide fuertemente en la vida social iniciando el reajuste estructural de la economía. En el terreno político, el acontecimiento más importante fue la iniciativa del régimen, conocida como *reforma política* de 1978, para ampliar los espacios de participación política por la vía electoral; ella tendría consecuencias de largo alcance en la ulterior remodelación de las instituciones electorales de México. Los comicios federales de 1988, el *parteaguas* como se les llamó entonces, marcan el fin de esta fase y el inicio de la tercera. Es un periodo de desalineamiento en el que el PRI aún conserva su predominio electoral, pero en un contexto de creciente abstención.

El tercer periodo abarca desde 1988 hasta la actualidad, años en que se aceleran y profundizan los cambios en las instituciones electorales que comenzaron en el periodo anterior y la competitividad interpartidaria se incrementa de manera significativa. Además, con la creación de un nuevo padrón electoral confiable, se opera una reestructuración del electorado, por el sólo y simple hecho de dar la oportunidad de incluir en sus listas a prácticamente todo ciudadano en edad de votar. En estos años, los mexicanos tuvieron la oportunidad de presenciar, después de las largas décadas del monopolio priísta, la victoria de los primeros candidatos opositores para ocupar las gubernaturas de diferentes estados de la República, incluido el Distrito Federal.

Este último periodo es aún una etapa de desalineamiento, pero ahora su principal peculiaridad es la presencia de oleadas desiguales de participación, combinadas con importantes pero inestables reacomodos de las preferencias electorales. No constituye aún un realineamiento electoral propiamente dicho, pues los nuevos equilibrios de fuerzas que se han establecido entre los tres principales partidos tienen un comportamiento inestable tanto a escala nacional como en el ámbito regional; además, se registran actuaciones desiguales entre las

diferentes regiones del país. Sin embargo, la remodelación institucional y el fortalecimiento de la competitividad son factores que han abierto las compuertas de la participación electoral, y por consiguiente la recomposición, todavía en curso, del electorado en que se apoya cada partido.

En concordancia con estos periodos, se clasificó a los entrevistados en tres generaciones políticas de acuerdo con los años en que ocurrió su socialización política (véase el cuadro 8); como indicador del inicio de ésta, tomamos la fecha en que los entrevistados cumplieron veinte años. Esto quiere decir que entre los 20 y los 24 años, las personas entrevistadas tuvieron oportunidad de ejercer el voto hasta en tres ocasiones y dos veces las generaciones más recientes.¹⁴

Así tenemos, en primer lugar, la generación de *mayores* la cual experimentó su época de socialización política en los años setenta a más tardar; a las capas más recientes les tocó vivir el impacto del movimiento estudiantil de 1968 y el sangriento desenlace que tuvo. Esta generación vivió el contraste entre el periodo de alineamiento y el de desalineamiento. En 1997, estas personas ya habían cumplido al menos 45 años. La siguiente generación política es la de *adultos*. Las capas más antiguas iniciaron su socialización política entre 1973 y 1978, en tanto que las más recientes lo hicieron entre 1987 y 1992; esto significa que una parte de sus integrantes se socializaron políticamente durante el periodo de desalineamiento abstencionista y los años en que la vida política del país se cimbró por el *parteaguas* de 1988. La edad de este grupo oscilaba en 1997 entre 30 y 44 años. La generación política de los *jóvenes* es la capa más reciente que se superpone a las dos anteriores, sus integrantes principiaron su socialización política entre 1988 y 1997. A estos ciudadanos les ha tocado vivir únicamente bajo el cambio acelerado de las instituciones elec-

CUADRO 8
GENERACIONES Y PERIODO DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA

Generación	Año de nacimiento	Cumplen 20 años	Edad en 1988	Edad en 1997
Mayores	antes de 1953	antes de 1973	36 o más años	45 y más años
Adultos	entre 1953 y 1967	entre 1973 y 1987	de 21 a 35 años	de 30 a 44 años
Jóvenes	entre 1968 y 1979	entre 1988 y 1999	de 9 a 20 años	de 18 a 29 años

¹⁴ Hay que recordar que la edad para votar era de 21 años hasta 1971 y luego se redujo a 18.

torales y el incremento de la competencia entre los partidos políticos. La edad que tenían en 1997 era de 18 a 29 años.

Hay que insistir en que estas tres generaciones, aunque formalmente se funden en un sólo electorado capitalino, en realidad constituyen tres conjuntos sociales con diferentes pautas de socialización política, actitudes y reacciones ante los factores coyunturales. Pueden también existir otras formas pertinentes de agrupar a los electores individuales, para explicar sus conductas colectivas bajo la luz de otros problemas teóricos. Es decir, para comprender mejor ciertos fenómenos más que hablar del electorado hay que analizar los electorados o, en todo caso, los segmentos que lo integran.

b) Cambios en la participación y las preferencias partidarias. Estas tres generaciones mostraron un comportamiento electoral diferenciado en las elecciones de 1997 en el Distrito Federal (véase el cuadro 9). En la generación de *jóvenes*, es notable el incremento del voto por el PRD en junio; sin embargo, más que registrarse descensos en la votación de los otros dos partidos, lo que disminuye es el número de aquellos que no expresaron sus preferencias partidarias; es decir, se observa principalmente una activación de electores. En la generación de *adultos* parece suceder lo mismo aunque de manera menos acentuada; de alguna forma, es la que muestra mayor estabilidad en sus preferencias durante estos tres meses. Inesperadamente, es entre los ciudadanos *mayores* donde se registran los cambios más importantes en preferencias partidarias: sobresale el abrupto declive de la intención de voto en favor del PRI y el fuerte ascenso en favor del PRD.

CUADRO 9

¿POR QUIÉN VOTARÍA PARA ELEGIR AL JEFE DE GOBIERNO?*

	<i>Jóvenes</i>				<i>Adultos</i>				<i>Mayores</i>			
	FRI	PAN	PRD	n.m.	FRI	PAN	PRD	n.m.	FRI	PAN	PRD	n.m.
Abril	20	18	27	30	16	21	28	31	29	13	19	34
Mayo	17	15	35	27	12	17	32	34	11	23	30	31
Junio	15	17	40	18	17	15	34	26	10	20	32	32

* Porcentajes horizontales respecto al total de entrevistados de cada mes y para cada generación. Como no se incluyen las respuestas en favor de otros partidos, las sumas horizontales no dan cien.

Así pues, las oscilaciones más importantes ocurrieron entre los jóvenes y los mayores, en tanto que los adultos mantuvieron más o menos constantes sus preferencias. Estos cambios revirtieron la tradicional pauta de comportamiento electoral en México, según la cual a mayor edad corresponde mayor proclividad a votar por el PRI; el postulado se cumple en los datos de la encuesta de abril, pero para mayo y junio es precisamente en tal grupo donde ese partido obtiene las menores intenciones de voto. Por otra parte, destaca que entre los *jóvenes*, los cambios en favor del PRD más bien parecen derivar de la decisión de participar de aquellos electores que en un principio no expresaron preferencia por algún partido. Estas cifras sugieren que el aumento de la intención de participar entre los electores nuevos o de ingreso reciente contribuyó a acentuar la marcada preferencia de esta generación en favor del candidato perredista. En contraste, los cambios en favor del PRD y del PAN en la generación de los *mayores* estuvieron acompañados de una fuerte declinación del PRI, mientras que se mantiene relativamente constante la porción de aquellos que no manifiestan su preferencia; es decir, los datos nos remiten a cambios de identificación partidaria durante la coyuntura misma de la campaña electoral. En el grupo de adultos sucede algo similar, pero en este caso decrece la votación del PAN y aumenta la del PRD.

Si se analizan las diferencias entre simpatía partidaria, intención de voto y evaluación del candidato (cuadro 10), en la generación de *jóvenes* destaca cómo el voto por los dos partidos opositores se ubica en 1994 por debajo de la simpatía partidaria declarada en 1997; pero esto debe tomarse con cierta prudencia, pues probablemente parte de este fenómeno se explica porque muchos de ellos no tenían edad para votar en 1994. Entre las generaciones de *adultos* y *mayores*, son notables las importantes diferencias que se registran en el caso del PRI. En la primera de ellas se aprecia que una parte de los que votaron a su favor en 1994 no declararon simpatía alguna por él en 1997, lo que apuntaría a que hubo quienes votaron por el PRI en función de las circunstancias prevalecientes y no por simpatía; entre los *mayores*, el PRI también se benefició en 1994 con electores no simpatizantes, pero la situación se invierte en 1997, debido, según parece, al perfil del candidato priísta quien se ubica muy por debajo de la simpatía de su propio partido. Vemos pues que en el mes de abril de 1997 el candidato peor evaluado por los simpatizantes de su propio partido fue el del PRI.

CUADRO 10
SIMPATÍA PARTIDARIA, INTENCIONES DE VOTO Y PERCEPCIÓN RESPECTO AL CANDIDATO
POR GENERACIONES

	Jóvenes					Adultos					Mayores				
	FRI	PAN	FRD	otro	n.m.	FRI	PAN	FRD	otro	n.m.	FRI	PAN	FRD	otro	n.m.
Voto 1994	22	10	17	4	47	30	20	26	2	22	43	13	17	2	25
Simpatía 1997	23	15	27	5	30	18	21	26	4	31	33	12	18	3	34
Candidato capaz	20	15	24	3	38	20	20	25	2	33	22	11	21	3	43
Voto 1997	21	19	27	4	29	16	21	28	4	31	29	13	19	5	34
<i>Diferencia respecto a simpatía</i>															
Voto 94 - simpatía	-1	-5	-10	-1		12	-1	0	-2		10	1	-1	-1	
Candidato-simpatía	-3	0	-3	-2		2	-1	-1	-2		-11	-1	3	0	
Voto 97 - simpatía	-2	4	0	-1		-2	0	2	0		-4	1	1	2	
<i>Diferencia entre voto de 1994 y voto de 1997</i>															
Voto 94 - Voto 97	-1	9	10	0		-14	1	2	2		-14	0	2	3	

c) Actitudes políticas: nunca es tarde para cambiar. Importantes diferencias y cambios se aprecian en las actitudes políticas de las distintas generaciones. El sentimiento de eficacia política interna (cuadro 11) es más elevado entre los *jóvenes*, en abril y mayo, y menor entre los *mayores*; para junio la situación cambia, pues la eficacia interna se incrementa notablemente entre el grupo de los *adultos*, seguido del de *mayores*. En lo que se refiere a los sentimientos de eficacia externa también hay una dinámica generacional diferenciada (cuadro 11). En abril, es en el grupo de *mayores* donde menos gente piensa que su voto importa; sin embargo, para mayo y junio, se registran aumentos que ponen a esta generación en pie de igualdad con las otras dos; además, es en ella donde más disminuyen los que opinan que las elecciones serían poco o nada limpias. Los sentimientos de eficacia externa también aumentan en el grupo de *adultos*, pero con menor magnitud que entre los *mayores*; a su vez, los *jóvenes* cambian en la misma dirección, pero en menor medida que los *adultos*.

La evolución de la confianza en el gobierno también registra cambios (véase el cuadro 12). Aunque las respuestas sobre la situación familiar durante el sexenio se mantienen estables, en el grupo de *adultos* se observan las mayores variaciones en el sentido de que decrece su aprobación al regente y en menor medida al presidente Zedillo.

CUADRO 11
EVOLUCIÓN DE LAS ACTITUDES POLÍTICAS POR GENERACIÓN
EN LA CAMPAÑA ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL, ABRIL-JUNIO 1997*

	Jóvenes	Adultos	Mayores
<i>¿Qué tanto le interesa informarse de política?: mucho/regular</i>			
Abril	44	42	40
Mayo	38	44	33
Junio	47	50	44
<i>¿Qué tanto siente que puede influir en política?: mucho/regular</i>			
Abril	37	28	23
Mayo	38	33	28
Junio	41	47	39
<i>¿Qué tan importante considera que es su voto?: mucho/regular</i>			
Abril	71	74	61
Mayo	79	74	73
Junio	79	85	81
<i>¿Qué tan limpias serán las elecciones?: poco/nada</i>			
Abril	60	55	58
Mayo	54	51	53
Junio	47	45	37

* Los porcentajes presentados en cada celda corresponden, para cada mes, al porcentaje respecto al total del grupo de edad de aquellos que dieron la respuesta que se indica en la pregunta. Por lo tanto, en este cuadro las cifras no suman cien.

En lo que toca a las motivaciones para participar y apoyar a un determinado partido o candidato (cuadro 13), el análisis de las variaciones generacionales ofrece algunos puntos interesantes. La razón fundamental por la cual los *jóvenes* justifican su intención de voto por algún partido o candidato es “por sus propuestas”, aunque en junio gana igual importancia la respuesta: “por el cambio”. La generación de *adultos* menciona principalmente estas mismas dos respuestas en las tres encuestas. El cambio más notable ocurre en la de *mayores* con la declinación en mayo de la respuesta “por costumbre” y el aumento de “por el cambio” en junio.

Así, ante la pregunta sobre las motivaciones para participar o apoyar a un determinado partido o candidato, ninguna de las tres gene-

CUADRO 12
EVOLUCIÓN EN LA PERCEPCIÓN DE LA EFICACIA GUBERNAMENTAL POR GENERACIÓN EN
LA CAMPAÑA ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL, ABRIL-JUNIO 1997*

	Jóvenes	Adultos	Mayores
<i>En el sexenio, ¿la situación de su familia fue...?: mejor/igual</i>			
Abril	40	32	28
Mayo	32	36	32
Junio	40	30	30
<i>¿Cómo califica la labor del presidente Zedillo?: MB/B/R**</i>			
Abril	69	69	61
Mayo	64	64	71
Junio	68	61	64
<i>¿Cómo califica la situación actual del Distrito Federal?: MB/B/R</i>			
Abril	39	30	28
Mayo	39	33	27
Junio	35	24	28
<i>¿Cómo califica la labor del regente Espinosa? MB/B/R</i>			
Abril	48	51	48
Mayo	43	44	41
Junio	45	39	44

* Los porcentajes presentados en cada celda corresponden, para cada mes, al porcentaje respecto al total del grupo de edad de aquellos que dieron la respuesta que se indica en la pregunta. Por lo tanto, en este cuadro las cifras no suman cien.

** Agrupa las respuestas muy bien, bien y regular.

raciones responde mayoritariamente “por las cualidades del candidato”. No obstante lo anterior, cuando se cuestiona a las personas sobre qué toman más en cuenta para decidir su voto (cuadro 13), en las tres la mayoría responde que el candidato. Ahora bien, desde abril, los *jóvenes* respondieron eso mayoritariamente y mantienen más o menos la misma respuesta en mayo y junio; por su parte, los *adultos* y los *mayores* parecen haber sufrido más el efecto del debate televisado, pues fue notorio a partir de mayo su inclinación por la respuesta “el candidato”.

Por lo que se refiere a la razón que tuvieron para acudir a votar, en el grupo de *mayores* sobresale el número de los que declaran que “por un mejor gobierno”. Respuesta que, conectada con la intención

CUADRO 13
RAZONES DE VOTO POR GENERACIÓN DURANTE LA CAMPAÑA
ELECTORAL EN EL DISTRITO FEDERAL, ABRIL-JUNIO 1997*

	<i>Jóvenes</i>				<i>Adultos</i>				<i>Mayores</i>			
<i>¿Por qué votaría por esa opción? **</i>												
<i>Razón</i>	Cost	Prop	Cld	Camb	Cost	Prop	Cld	Camb	Cost	Prop	Cld	Camb
Abril	13	33	20	19	12	25	21	25	34	12	18	20
Mayo	11	29	26	26	9	21	29	30	23	16	29	19
Junio	6	33	23	31	7	35	18	30	21	20	20	33
<i>¿Qué toma más en cuenta para votar: el partido o el candidato? ***</i>												
<i>Opción</i>	Part	Cand	Ambos	n.s.	Part	Cand	Ambos	n.s.	Part	Cand	Ambos	n.s.
Abril	21	40	28	11	22	33	37	8	22	35	22	21
Mayo	18	38	32	12	18	45	27	10	19	44	20	17
Junio	25	44	21	10	27	40	24	9	26	41	20	13
<i>¿Cuál es el principal problema de la Ciudad de México? ****</i>												
<i>Opción</i>	Pol	Ec	Seg	Otros	Pol	Ec	Seg	Otros	Pol	Ec	Seg	Otros
Abril	18	38	27	17	17	35	36	12	11	37	33	19
Mayo	15	32	34	19	14	27	42	17	14	29	38	19
Junio	11	28	42	19	15	25	44	16	13	27	43	17
<i>¿Por qué razón vota usted? *****</i>												
<i>Opción</i>	Deber	Derecho	Mejor	Otros	Deber	Derecho	Mejor	Otros	Deber	Derecho	Mejor	Otros
			gob.				gob.				gob.	
Abril												
Mayo	20	29	26	25	21	24	28	27	26	22	18	34
Junio	18	29	29	24	20	27	27	26	23	27	27	23

* Cifras en porcentajes calculados en sentido horizontal y por grupo de edad respecto al total de entrevistados de cada mes.

** La pregunta sólo se aplicó a los que sí mencionaron un partido en la pregunta anterior. Sólo se incluyen las principales respuestas, por lo mismo, la suma horizontal para cada grupo de edad no totaliza cien puntos. Respuestas: costumbres, propuestas, cualidades del candidato, por el cambio.

*** Pregunta abierta recodificada por tipo de problemas. Respuestas: partido, candidato, ambos, no sabe.

**** Respuestas: de tipo político, de índole económica, de seguridad pública, otros.

***** Esta pregunta no se aplicó en abril. Respuestas: deber, derecho, mejor gobierno, otros.



de voto “por el candidato”, “por el cambio” y el aumento en el sentimiento de eficacia interna y externa, pone en relieve la fundamental importancia que tuvo el cambio de actitudes de esta generación en las elecciones de 1997 en el Distrito Federal, precisamente aquella generación en la que predominaban las personas dispuestas a apoyar al PRI y a quienes se consideraba, al menos en teoría, como el grupo con menores probabilidades de modificar sus patrones de comportamiento político.

La comparación de las pautas de conducta y actitudes electorales entre las tres generaciones políticas estudiadas indica que existen diferencias en las reacciones frente a la coyuntura electoral. Ante la campaña de 1997 en el Distrito Federal, y más concretamente ante la candidatura de Cárdenas, se aprecia que la generación de *adultos* es la de mayor estabilidad en comparación con la de *jóvenes* y la de *mayores*. En la de jóvenes, el impacto de la campaña electoral, y en particular de la imagen del candidato, influyó en aquellos que no habían externado preferencia partidaria y los estimuló a participar y tomar partido. Pero, sin lugar a dudas, las transformaciones más trascendentales ocurrieron en la generación política de los *mayores*; en este caso, los datos sugieren que tuvo lugar una importante modificación de preferencias partidarias ocasionado por la imagen del candidato y por las aspiraciones al cambio. En esta misma generación se registra el mayor aumento en los sentimientos de eficacia política interna y externa. Aquí sobresale el hecho de que la combinación de un contexto de cambio institucional y de desalineamiento con una configuración específica de una coyuntura electoral dada hace posible la resocialización política de la generación más antigua, que se suponía era la más estable en sus preferencias y actitudes.

CONCLUSIONES: CAMBIAR PARA VOTAR Y VOTAR PARA CAMBIAR

Los acentuados cambios de las preferencias partidarias entre el inicio y el final de la campaña para elegir al jefe de gobierno del Distrito Federal plantean el problema de comprender necesariamente su origen. No sólo se trata de detectar la asociación, llamémosla permanente, del voto firme o leal con determinadas características socioeconómicas y políticas, sino también de hacer lo propio con el electorado volátil. Son las dos caras de un mismo problema. En este trabajo hemos enfa-

tizado el estudio de la conducta volátil. Desde el punto de vista teórico, se recogieron los principales factores que explican la estabilidad y la inestabilidad electoral y tratamos de aplicarlos a nuestro caso. En general, la información agregada y el análisis de los resultados de las encuestas confirman la existencia de la elevada volatilidad característica del Distrito Federal. Durante el periodo estudiado, esta volatilidad se caracterizó por una identificación partidaria inestable, cambios en las actitudes políticas en el sentido de un aumento de los sentimientos de eficacia política interna y externa, una variación moderada en la actitud respecto al gobierno y una elevada sensibilidad a la influencia de la coyuntura electoral (conocimiento del candidato, peso del perfil del candidato en la decisión del voto, debate televisado, asociación del candidato con *issues*).

Al analizar los problemas anteriores bajo el criterio de las diferentes generaciones políticas, se concluyó que los cambios más significativos en actitudes políticas y en intenciones de conducta electoral ocurrieron en la generación de *mayores*; son ellos los que mostraron cambios en su intención de voto que primero era para el PRI y luego para el PRD, sin que se modificase su tasa de participación. En la generación de *jóvenes*, las cosas fueron diferentes, desde el principio presentan un elevado nivel en sentimientos de eficacia política, si bien éstos crecen durante la campaña; aquí, lo distintivo fue tanto el aumento en la decisión de participar en las elecciones entre los que al inicio no habían expresado su preferencia partidaria (posibles abstencionistas), como el incremento en la preferencia por el PRD. La generación de *adultos* también registra el mismo tipo de cambios, pero son menores en comparación con las otras dos generaciones.

Estos hallazgos confirman que durante la transición entre la fase de desalineamiento y la de realineamiento, los partidos nuevos o los reformados no siempre logran captar, en un primer momento, a los electores que abandonan al partido que está perdiendo terreno, pero sí logran ganarse el apoyo de los grupos de reciente ingreso al mercado electoral, tal como sucedió con la generación de *jóvenes*. Ulteriormente, puede haber una recomposición en las preferencias electorales de las capas con más tiempo de participación en la arena política, como sucedió en la generación de *mayores*. La secuencia y la velocidad con que ocurren estos cambios puede variar de un caso a otro, o incluso casi superponerse, como aconteció en el caso que se ha expuesto.



En la campaña electoral de julio de 1997 en el Distrito Federal, se combinaron elementos de diversa índole. Hubo pautas de comportamiento y actitudes electorales que impregnaron al electorado capitalino en lo general; pero en combinación con este basamento común, también nos encontramos que la multidimensionalidad de los factores que confluyeron en la coyuntura electoral dio lugar a un comportamiento diferenciado. Aquí sólo hemos abordado el estudio por generaciones políticas, pero ello no excluye la definición de otros grupos en función de otras intersecciones de las diferentes dimensiones de la vida social.

El perfil del candidato perredista pudo influir en la orientación del voto, pero no de modo autónomo, sino dentro de la coyuntura específica de 1997; y para que los *issues*, las estrategias de campaña y el debate pudiesen influir sobre la orientación del voto fue necesaria la concurrencia de dos circunstancias adicionales: en el largo plazo, la existencia del elevado margen de volatilidad inscrito en el proceso de desalineamiento-realineamiento del electorado; y, en el corto plazo, que una parte significativa del electorado se encontraba ya en condiciones de modificar sus actitudes políticas (identificación partidaria y sentimientos de eficacia política y de confianza), esto es, de reaccionar ante el desafío que le planteaba la coyuntura de reevaluar su capacidad para influir sobre el sistema político. Subrayamos aquí la noción de confluencia de factores, pues resultaría sumamente discutible asignar tajantemente a algunos de ellos el papel de causa y a otros el de efecto.

Queda pendiente la interrogante de qué tan estables son o serán las tendencias electorales manifestadas en 1997 en la capital del país. Por una parte, es cierto que los cambios colectivos en la identificación partidaria pueden dar origen a un nuevo realineamiento electoral, pero por la otra, si se retoman los planteamientos del elector racional, quizá lo que el futuro nos depara sea lo que he denominado la estable volatilidad del Distrito Federal. En este sentido, los resultados de la presente campaña electoral y de los comicios que tendrán lugar en julio del 2000 arrojarán los elementos necesarios para afinar el diagnóstico aquí presentado.

BIBLIOGRAFÍA

- Abramson, Paul
1987 *Las actitudes políticas en Norteamérica*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Báez, Francisco
1994 “Las piezas perdidas (Ejercicios de reconstrucción)”, en Arturo Sánchez, *Elecciones a debate, 1988. Las actas electorales perdidas*, Diana, México, pp. 19-35.
- Beck, Paul
1993 “A socialization theory of partisan realignment”, en Richard Niemi y Herbert Weisberg, comps., *Classics in voting behavior*, CQ Press, Washington, pp. 331-345.
- Burnham, Walter
1993 “The changing shape of the american political universe”, en Richard Niemi y Herbert Weisberg, comps., *Classics in voting behavior*, CQ Press, Washington, pp. 296-312.
- Butler, David y Donald Stokes
1974 *Political change in Britain*, MacMillan, Londres.
- Campbell, Angus, Philip Converse, Warren Miller y Donald Stokes
1969 *The american voter*, John Wiley and Sons, Nueva York.
- Carmines, Edward y James Stimson
1993 “The two faces of issue voting”, en Richard Niemi y Herbert Weisberg, comps., *Classics in voting behavior*, CQ Press, Washington, pp. 114-118.
- Cayrol, Roland
1989 “Le rôle des campagnes électorales”, en D. Gaxie, comp., *Explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, pp. 385-417.
- Downs, Anthony
1957 *An economic theory of democracy*, Harper and Row, Nueva York.
- Garrigou, Alain
1989 “Conjoncture politique et vote”, en D. Gaxie, comp., *Explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, pp. 357-384.
- Grunberg, Gérard
1989 “L’instabilité du comportement électorale”, en D. Gaxie, comp., *Explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, pp. 418-446.
- Key Jr., V. O.
1955 “A theory of critical elections”, en *Journal of politics*, vol. 17, pp. 3-18.

Lipset, Martin y Stein Rokkan

1967 *Party systems and voter alignments: cross-national perspectives*, The Free Press, Nueva York, pp. 1-64.

Michelat, Guy y Michel Simon

1989 "Région, classe sociale, patrimoine et comportement électoral: l'importance de la dimension symbolique", en D. Gaxie, comp., *Explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, pp. 291-294.

Nie, Norman, Sidney Verba y John Petrocik

1993 "The decline of partisanship", en Richard Niemi y Herbert Weisberg, comps., *Classics in voting behavior*, CQ Press, Washington, pp. 235-245.

Niemi, Richard y Herbert Weisberg

1993 "Historical changes in voting behaviour", en Richard Niemi y Herbert Weisberg, comps., *Controversies in voting behavior*, CQ Press, Washington.

Niemi, Richard y Herbert Weisberg, comps.

1993a *Classics in voting behavior*, CQ Press, Washington.

1993b *Controversies in voting behavior*, CQ Press, Washington.

Pacheco, Guadalupe

2000 "De la hegemonía a la regionalización electoral: el sistema de partidos en México, 1979-1997", en *Estudios Sociológicos*, vol. XVIII, núm. 53, mayo-agosto.

Percheron, Annick

1989 "Age, cycle de vie, génération, période et comportement électoral", en D. Gaxie, comp., *Explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, pp. 228-262.

Subileau, Françoise y Marie-France Toinet

1989 "L'abstentionnisme en France et aux États-Unis: méthodes et interprétations", D. Gaxie, comp., *Explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, pp. 175-198.